

MISAL ROMANO

Instrucción General del Misal Romano

CAPITULO I

IMPORTANCIA Y DIGNIDAD DE LA CELEBRACIÓN

1. La celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios, ordenado jerárquicamente, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia universal y local, y para todos los fieles individualmente¹, ya que en ella se culmina la acción con que Dios santifica en Cristo al mundo, y el culto que los hombres tributan al Padre, adorándolo por medio de Cristo, Hijo de Dios.² Además, se recuerdan de tal modo en ella, a lo largo del año, los misterios de la Redención que, en cierto modo, éstos se nos hacen presentes.³ Todas las demás acciones sagradas y cualesquiera obras de la vida cristiana, se relacionan con ésta, proceden de ella y a ella se ordenan.⁴
2. Es, por consiguiente, de sumo interés que de tal modo se ordene la celebración de la Misa o Cena del Señor, que ministros y fieles, participando cada uno a su manera, saquen de ella con más plenitud los frutos⁵ para cuya consecución instituyó Cristo Nuestro Señor el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre y confió este sacrificio, como un memorial de su Pasión y Resurrección, a la Iglesia, su amada Esposa.⁶
3. Todo esto se podrá conseguir si, mirando a la naturaleza y demás circunstancias de cada asamblea, toda la celebración se dispone de modo que favorezca la consciente, activa y total participación de los fieles, es decir, esa participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad, que es la que la Iglesia desea de ella, la que reclama la naturaleza misma de la celebración, y a la que tiene derecho y deber, por fuerza de su bautismo, el pueblo cristiano.⁷
4. Aunque en algunas ocasiones no es posible la presencia y la activa participación de los fieles, cosas ambas que manifiestan mejor que ninguna otra la naturaleza eclesial de la acción litúrgica,⁸ sin embargo la celebración eucarística no pierde por ello su eficiencia y dignidad, ya que es un acto de Cristo y de la Iglesia,⁹ en la que el sacerdote obra siempre por la salvación del pueblo.
5. Y puesto que la celebración eucarística, como toda la Liturgia, se realiza por signos sensibles, con los que la fe se alimenta, se robustece y se expresa,¹⁰ se debe poner todo el esmero posible para que sean seleccionadas y ordenadas las formas y elementos que la Iglesia propone, que, según las circunstancias de personas y lugares, favorezcan más directamente a la activa y plena participación de los fieles, y respondan mejor a su aprovechamiento espiritual.

¹ Cf. Conc. Vat. II, Const. Sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 41; Const. Dogm. Sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, n. 11; Decr. Sobre el ministerio y vida sacerdotal, *Presbyterorum Ordinis*, n. 2,5,6; Decr. Sobre el oficio pastoral de los Obispos, *Christus Dominus*, n. 30; Decr. Sobre el Ecumenismo, *Unitatis redintegratio*, n. 15; S. Congr. De Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 3 a 6: AAS 59 (1967) pp. 542, 544-545.

² Cf. Conc. Vat II, Const. Sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

³ Cf. *Ibid.*, n. 102.

⁴ Cf. Conc. Vat. II, Decr. Sobre el ministerio y vida sacerdotal, *Presbyterorum Ordinis*, n. 5; Const. Sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

⁵ Cf. *Ibid.*, nn. 14, 19, 26, 28, 30.

⁶ Cf. *Ibid.*, n. 47.

⁷ Cf. *Ibid.*, n. 14.

⁸ Cf. *Ibid.*, n. 41.

⁹ Cf. Conc. Vat. II, Decr. Sobre el ministerio y vida sacerdotal, *Presbyterorum Ordinis*, n. 13.

¹⁰ Cf. Conc. Vat. II, Const. Sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 59.

6. De ahí que esta Instrucción General procura, por una parte, exponer las directrices generales, según las cuales quede bien ordenada la celebración de la Eucaristía; y, por otra parte, propone las normas a las que habrá de acomodarse cada una de las formas de celebración.¹¹ Toca a las Conferencias Episcopales, según la Constitución de la sagrada Liturgia, establecer para su territorio las normas que mejor tengan en cuenta las tradiciones y el modo de ser de los pueblos, regiones y comunidades diversas.¹²

¹¹ Para las Misas con grupos particulares, cf. S. Congr. Para el Culto Divino, Instr. *Actio pastoralis*, del 15 de Mayo de 1969; AAS 61 (1969) pp. 806-811; para las Misas con niños: *Directorio de Misas para Niños*, del 1º de nov. De 1973: AAS 66 (1974) pp. 30-46; para relacionar la Liturgia de las Horas con la Misa: *Instrucción general sobre la Liturgia de las Horas*, ed. típ. 1971, nn. 93-98.

¹² Cf. Conc. Vat. II, Const. Sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, nn. 37-40.

CAPITULO II

ESTRUCTURA DE LA MISA, SUS ELEMENTOS Y PARTES

I. ESTRUCTURA GENERAL DE LA MISA

7. En la Misa o Cena del Señor, el pueblo de Dios es convocado bajo la presidencia del sacerdote, que representa a la persona de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico.¹³ De ahí que sea eminentemente válida para esta asamblea local de la santa Iglesia, aquella promesa de Cristo: “Donde están reunidos dos o tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20). Pues en la celebración de la Misa, en la cual se continúa el sacrificio de la cruz,¹⁴ Cristo está realmente presente en la misma asamblea congregada en su nombre, en la persona del ministro, en su palabra y, con toda verdad, sustancial y continuamente, bajo las especies eucarísticas.¹⁵

8. La Misa consta en cierto sentido de dos partes: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística, tan estrechamente unidas entre sí, que constituyen un solo acto de culto,¹⁶ ya que en la Misa se dispone la mesa, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo en la que los Fieles encuentran el mensaje y el alimento cristiano.¹⁷ Otros ritos pertenecen a la apertura y conclusión de la celebración.

II. DIVERSOS ELEMENTOS DE LA MISA

Lectura de la Palabra de Dios y su explicación

9. Cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras es Dios mismo quien habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, quien anuncia la Buena nueva. Por eso las lecturas de la Palabra de Dios que proporcionan a la Liturgia un elemento de grandísima importancia, deben ser escuchadas por todos con veneración. Y aunque la palabra divina, en las lecturas de la Sagrada Escritura, va dirigida a todos los hombres de todos los tiempos y está al alcance de su entendimiento, sin embargo, su eficacia aumenta con una explicación viva, es decir, con la homilía, que viene así a ser parte de la acción litúrgica.¹⁸

Oraciones y otras partes que corresponden al sacerdote

10. Entre las atribuciones del sacerdote ocupa el primer lugar la Plegaria Eucarística, que es el culmen de toda la celebración. Se añaden a ésta otras oraciones, es decir, la Oración colecta, la Oración sobre las ofrendas y la Oración después de la comunión. Estas oraciones las dirige a Dios el sacerdote que preside la asamblea representando a Cristo en nombre de todo el pueblo santo y de todos los circunstantes.¹⁹ Con razón, pues, se denominan “oraciones presidenciales”.

¹³ Conc. Vat. II, Decr. sobre el ministerio y vida sacerdotal, *Presbyterorum ordinis*, n. 5; Const. Sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 33.

¹⁴ Cf. Conc. Trid., Sesión XXII, cap. 1: DS 1740; cf. Pablo VI, Solemne profesión de fe, del 30 de junio de 1968, n. 24: A.A.S. 60 (1968) p. 442.

¹⁵ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 7; Paulo VI, Carta Encíclica *Mysterium Fidei*, del 3 de sept. de 1965; A.A.S. 57 (1965) p. 764; S. Congr. de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 9: A.A.S. 59 (1967) p. 547.

¹⁶ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 56; S. Congr. de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 10; A.A.S. 59 (1967) p. 547.

¹⁷ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 48, 5 1; Const. dogin. sobre la Revelación divina, *Dei Verbum*, n. 21; Decr. sobre el ministerio y vida sacerdotal, *Presbyterorum ordinis*, n. 4.

¹⁸ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, mi. 7, 33, 52.

¹⁹ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 33.

11. Igualmente toca al sacerdote que ejercita el cargo de presidente de la asamblea reunida, hacer algunas moniciones y fórmulas de introducción y conclusión, previstas en el mismo rito. La naturaleza misma de estas moniciones y fórmulas no requiere que se reciten exactamente en la forma redactada en el Misal; convendrá, pues, por lo menos en algunos casos, adaptarlas a las condiciones reales de la comunidad.²⁰ Toca así mismo al sacerdote que preside explicar la Palabra de Dios y dar la bendición final. También a él le está permitido hacer una brevísima introducción para preparar a los fieles antes de la celebración, para la Misa del día; antes de las lecturas, para la Liturgia de la Palabra; antes del Prefacio, para la Plegaria Eucarística y, finalmente, dar por concluida la celebración litúrgico, antes de la fórmula de despedida.

12. La naturaleza de las intervenciones “presidenciales” exige que se pronuncien claramente y en voz alta, y que todos las escuchen atentamente.²¹ Por consiguiente, mientras interviene el sacerdote, no se cante ni se rece otra cosa, y estén igualmente callados el órgano y cualquier otro instrumento musical.

13. El sacerdote no sólo pronuncia oraciones como presidente en nombre de toda la comunidad, sino que también algunas veces lo hace a título personal, para poder cumplir con su ministerio con mayor atención y piedad. Estas oraciones se dicen en secreto. Otras fórmulas que se usan en la celebración

14. Puesto que la celebración de la Misa, por su propia naturaleza tiene carácter “comunitario”,²² merecen especial relieve los diálogos entre el celebrante y la asamblea de los fieles, y asimismo las aclamaciones.²³ Ya que no son solamente señales exteriores de una celebración común, sino que fomentan y realizan la unión (común-unión) entre el sacerdote y el pueblo.

15. Las aclamaciones y respuestas de los fieles a los saludos del sacerdote y a sus oraciones constituyen precisamente ese nivel de participación activa que se pide en cualquier forma de Misa a los fieles reunidos, para que quede así expresada y fomentada la acción común de toda la comunidad.²⁴

16. Otras partes que son muy útiles para manifestar y favorecer la activa participación de los fieles y que se encomiendan a toda la asamblea, son, sobre todo, el acto penitencial, la profesión de fe, la oración de los fieles y el padrenuestro.

17. Otras fórmulas:

a) algunas tienen por sí mismas el valor de rito o de acto; por ejemplo, el Gloria, el salmo responsorial, el Aleluya y el verso anterior al Evangelio, el Santo, la aclamación de la anámnesis y el canto después de la comunión;

b) otras, en cambio, simplemente acompañan a un rito; por ejemplo, los cantos de entrada, del ofertorio, de la fracción (Cordero de Dios) y de la comunión.

Modos de presentar diversos textos

²⁰ Cf. S. Congr. para el Culto Divino, Carta circ. sobre las Plegarias Eucarísticas, del 27 de abril de 1973 n. 14: A.A.S. 65 (1973) p. 346.

²¹ Cf. S. Congr. de Ritos, Instrucción *Musicae sacram*, del 5 de marzo de 1967, n. 14: A.A.S. 59 (1967) p. 304.

²² Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, nn. 26, 27; S. Congr. de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 3 d: A.A.S. 59 (1967) p. 542.

²³ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 30.

²⁴ Cf. S. Congr. de Ritos, Instrucción *Musicae sacram*, del 5 de marzo de 1967, n. 16 a: A.A.S. 59 (1967) p. 305.

18. En los textos que el sacerdote o sus ayudantes o todos han de pronunciar claramente y en voz alta, ésta responda a la índole del respectivo texto, según se trate de lectura, oración, advertencia, aclamación o canto; téngase igualmente en cuenta la diversidad de celebración, y circunstancias de la asamblea; aparte, naturalmente, de la índole de las diversas lenguas y caracteres de los pueblos.

En las rúbricas y normas que siguen, los vocablos “pronunciar” o “decir” deben entenderse lo mismo del canto que de los recitados, según los principios que acaban de anunciarse.

Importancia del canto

19. Amonesta el Apóstol a los fieles que se reúnen esperando la venida de su Señor que canten todos juntos con salmos, himnos y cantos espirituales (cf. Col. 3, 16). El canto es una señal del gozo del corazón (cf. Hech 2, 46). De ahí que San Agustín diga con razón: “El cantar es propio del enamorado”;²⁵ y viene de tiempos muy antiguos el famoso proverbio: “Quien bien canta, dos veces ora”.

Téngase por consiguiente, en gran estima el uso del canto en las celebraciones, siempre según el carácter de cada pueblo y las posibilidades de cada asamblea: con todo, no por eso se considere necesario usar el canto para todos los textos que de suyo se destinan a ser cantados.

Al hacer la selección de los que de hecho se van a cantar, se dará la preferencia a las partes que tienen mayor importancia, sobre todo a aquellas que deben cantar el sacerdote y sus ministros, con respuesta del pueblo, o el sacerdote y el pueblo al mismo tiempo.²⁶

Y ya que es cada día más frecuente el encuentro de fieles de diversas nacionalidades, conviene que esos mismos fieles sepan cantar todos a una en latín algunas de las partes del Ordinario de la Misa, sobre todo el símbolo de la fe y la oración dominical en sus melodías más fáciles.²⁷

Posturas corporales

20. La postura uniforme, seguida por todos los que toman parte en la celebración, es un signo de comunidad y unidad de la asamblea, ya que expresa y fomenta al mismo tiempo la unanimidad de todos los participantes.²⁸

21. Para conseguir esta uniformidad en posturas corporales, obedezcan los fieles a las moniciones que el diácono o el sacerdote u otro ministro haga durante la celebración. Aparte de eso, en todas las Misas, a no ser que se diga lo contrario, queden de pie: desde el principio del Canto de entrada, mientras el sacerdote se acerca al altar, hasta el final de la colecta; al canto del Aleluya que precede al Evangelio; durante la profesión de fe y la oración de los fieles; y desde que empieza la oración sobre las ofrendas hasta el fin de la Misa, excepto en los momentos que luego se enumeran. En cambio, estarán sentados durante las lecturas que preceden al Evangelio, con su salmo responsorial; durante la homilía, y mientras se hace la preparación de los dones en el ofertorio; también, según la oportunidad, a lo largo del sagrado silencio que se observa después de la

²⁵ Sermón 336, 1: PL 38, 1472.

²⁶ Cf. S. Congr. de Ritos, Instrucción *Musicam sacram*, del 5 de marzo de 1967, nn. 7, 16; A.A.S. 59 (1967) pp. 302, 305; cf. Misal Romano, *Ordo cantus Missæ*, ed. típ. 1972. *Prænotanda*.

²⁷ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 54; S. Congr. de Ritos, Instrucción *Inter Oecumenici*, del 26 de sept. de 1964, n. 59; A.A.S. 56 (1964) p. 891; Instrucción *Musicam sacram*, del 5 de marzo de 1967, n. 47; A.A.S. 59 (1967) p. 314.

²⁸ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 39.

comunión; en cambio estarán de rodillas, a no ser que lo impida la estrechez del lugar o la aglomeración de la concurrencia o cualquier otra causa razonable, durante la consagración.

Con todo, pertenece a la Conferencia Episcopal adaptar las posturas corporales descritas para la celebración de la Misa romana, según la índole de cada pueblo. ²⁹ Pero siempre se habrá de procurar que haya una correspondencia adecuada con el sentido e índole de cada parte de la celebración.

22. Bajo el vocablo “posturas corporales” se comprenden también algunas acciones; por ejemplo, cuando el sacerdote se acerca al altar, cuando se ofrecen los dones, cuando los fieles se acercan a la comunión. Conviene que todo esto se haga en forma decorosa, mientras se cantan los textos correspondientes según las normas establecidas en cada caso.

El silencio

23. También como parte de la celebración ha de guardarse en su tiempo silencio sagrado. ³⁰ La naturaleza de este silencio depende del momento en que se observa durante la Misa; por ejemplo, en el acto penitencial y después de una invitación a orar, los presentes se concentran en sí mismos: al terminarse la lectura o la homilía, reflexionan brevemente sobre lo que han oído; después de la comunión alaban a Dios en su corazón y oran.

²⁹ Cf. *ibid*, n. 39.

³⁰ Cf. *ibid*, n. 30; S. Congr. de Ritos, Instrucción *Musicam sacram*, del 5 de marzo de 1967, n. 17: A.A.S. 59 (1967) p. 305.

III. LAS DIVERSAS PARTES DE LA MISA

A) Ritos iniciales

24. Todo lo que precede a la liturgia de la Palabra, es decir, el Canto de entrada, el saludo, el acto penitencial, el Kyrie con el Gloria y la colecta, tienen el carácter de exordio, introducción y preparación.

La finalidad de estos ritos es hacer que los fieles reunidos constituyan una comunidad y se dispongan a oír como conviene la Palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía.

Canto de entrada

25. Reunido el pueblo, mientras entra el sacerdote con sus ministros, se da comienzo al canto de entrada. El fin de este canto es abrir la celebración, fomentar la unión de quienes se han reunido, elevar sus pensamientos a la contemplación del misterio litúrgico o de la fiesta, y acompañar la procesión de sacerdotes y ministros.

26. Se canta alternativamente por el coro y el pueblo, o por el cantor y el pueblo, o todo por el pueblo, o solamente por el coro. Puede emplearse para este canto o la antífona con su salmo, como se encuentran en el Gradual Romano o en el Gradual simple, o en su lugar otro canto acomodado a la acción sagrada o a la índole del día o del tiempo, con un texto aprobado por la Conferencia Episcopal.

Si no se canta a la entrada, los fieles o algunos de ellos o un lector recitará la antífona que aparece en el misal. Si esto no es posible, la recitará al menos el mismo sacerdote después del saludo.

Saludo al altar y al pueblo congregado

27. El sacerdote y los ministros, cuando llegan al presbiterio, veneran el altar; para manifestar esta veneración, el sacerdote y el diácono besan el altar. El sacerdote, si lo cree oportuno, podrá también incensario.

28. Terminado el canto de entrada, el sacerdote y toda la asamblea, hacen la señal de la cruz. A continuación el sacerdote, por medio de un saludo, manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor. Con este saludo y con la respuesta del pueblo que da de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada.

Acto penitencial

29. Terminado el saludo, el sacerdote u otro ministro idóneo puede hacer a los fieles una brevísima introducción sobre la Misa del día. Después el sacerdote invita a un acto penitencial, que se realiza cuando toda la comunidad hace su confesión general y se termina con la absolución del sacerdote.

Señor, ten piedad

30. Después del acto penitencial se empieza el Señor, ten piedad, a no ser que éste haya formado ya parte del mismo acto penitencial. Siendo un canto con el que los fieles aclaman al Señor y piden su misericordia, regularmente habrán de hacerlo todos, es decir, tomarán parte en él el pueblo y los cantores.

Cada una de estas aclamaciones se repite, según la costumbre, dos veces, sin excluir, según el modo de ser de cada lengua o las exigencias del arte o de las circunstancias, una más prolija repetición o la intercalación de algún brevísimo “tropo”. Si no se canta el Señor, ten piedad, al menos se recita.

Gloria

31. El Gloria es un antiquísimo y venerable himno con que la Iglesia congregada en el Espíritu Santo glorifica a Dios Padre y al Cordero y le presenta sus súplicas. Lo canta o la asamblea de los fieles, o el pueblo alternando con los cantores solos. Si no se canta, al menos lo han de recitar todos, o juntos o alternativamente.

Se canta o se recita los domingos, fuera del tiempo de Adviento y Cuaresma, las solemnidades y fiestas y en algunas peculiares celebraciones.

Oración colecta

32. A continuación el sacerdote invita al pueblo a orar y todos, a una con el sacerdote, permanecen un rato en silencio para hacerse conscientes de estar en la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas. Entonces el sacerdote lee la oración que se suele denominar “colecta”. Con ella se expresa generalmente la índole de la celebración, y con las palabras del sacerdote se dirige la súplica a Dios Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

El pueblo, para unirse a esta súplica y dar su asentimiento, hace suya la oración pronunciando la aclamación: Amén.

En la Misa se dice una sola Oración Colecta, y esto vale también a propósito de la Oración sobre las ofrendas y de la Oración después de la comunión. La colecta se concluye con la forma larga, es decir:

Si se dirige al Padre: Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Si se dirige al Padre, pero al fin de esa oración se menciona al Hijo: Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.

Si se dirige al Hijo: Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos.

Las oraciones sobre las ofrendas y después de la comunión se concluyen en la forma breve, es decir:

Si se dirigen al Padre: Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si se dirigen al Padre, pero al fin de esas oraciones se menciona al Hijo: Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si se dirigen al Hijo: Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

B) Liturgia de la Palabra

33. Las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura, con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la liturgia de la Palabra; la homilía, la profesión de fe y la oración universal u oración de los fieles, la desarrollan y concluyen. En las lecturas, que luego desarrolla la homilía, Dios habla a su pueblo, ³¹ le descubre el misterio de la Redención y Salvación, y le ofrece el alimento espiritual; y el mismo Cristo, por su Palabra, se hace presente en medio de los fieles. ³² Esta Palabra divina la hace suya el pueblo con sus cantos y mostrando su adhesión a ella con la profesión de fe; y una vez nutrido con ella, en la oración universal, hace súplicas por las necesidades de la Iglesia entera y por la salvación de todo el mundo.

Lecturas bíblicas

34. En las lecturas se dispone la mesa de la Palabra de Dios a los fieles y se les abren los tesoros bíblicos. ³³ Como, según la tradición, el leer estos textos no es un oficio presidencial, sino ministerial, conviene que habitualmente lea el Evangelio el diácono o, faltando éste, otro sacerdote; un lector hará las otras lecturas y cuando falte el diácono u otro sacerdote, el mismo sacerdote celebrante leerá el Evangelio. ³⁴

35. Que se haya de tributar suma veneración a la lectura del Evangelio lo enseña la misma liturgia cuando la distingue por encima de las otras lecturas con especiales muestras de honor, sea por parte del ministro encargado de anunciarlo y por la bendición y oración con que se dispone a hacerlo, sea por parte de los fieles, que con sus aclamaciones reconocen y profesan la presencia de Cristo que les habla y escuchan la lectura puestos en pie; sea finalmente por las mismas muestras de veneración que se tributan al libro de los Evangelios.

Cantos interleccionales

36. Después de la primera lectura sigue un salmo responsorial o Gradual, que es parte integrante de la liturgia de la Palabra. El salmo se toma habitualmente del Leccionario, ya que cada uno de estos textos está directamente ligado a cada una de las lecturas: la elección del salmo depende, según eso, de la elección de las lecturas. Sin embargo, para que el pueblo pueda más fácilmente intervenir en la respuesta salmódica, han sido seleccionados algunos textos de responsorios y salmos, según los diversos tiempos del año o las diversas categorías de santos. Estos textos podrán emplearse en vez del texto correspondiente a la lectura todas las veces que el salmo se canta.

El salmista o cantor del salmo, desde el ambón o desde otro sitio oportuno, proclama los versos del salmo, mientras toda la asamblea escucha sentada o mejor, participa con su respuesta, a no ser que el salmo se pronuncie todo él seguido, es decir, sin intervención de respuestas.

Si se canta, se puede escoger, además del salmo asignado por el leccionario, el gradual del Gradual Romano o el salmo responsorial o el aleluyático del Gradual simple, según la descripción que se hace en estos mismos libros.

37. A la segunda lectura sigue el Aleluya u otro canto, según las exigencias del período litúrgico:

³¹ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 33.

³² Cf. *ibid.*, n. 7.

³³ Cf. *ibid.*, n. 51.

³⁴ Cf. S. Congr. de Ritos, Instrucción *Inter Oecumenici*, del 26 de sept. de 1964, n. 50: A.A.S. 56 (1964) p. 889.

a) El Aleluya se canta en todos los tiempos fuera de la Cuaresma. Lo comienza todo el pueblo o los cantores o un solo cantor, y si el caso lo pide, se repite. Los versos se toman del Leccionario o del Gradual.

b) El otro canto consiste en un verso antes del Evangelio o en otro salmo o tracto, como aparecen en el Leccionario o en el Gradual.

38. Cuando se tiene una sola lectura antes del Evangelio:

a) En el tiempo en que se dice Aleluya se puede tomar o el salmo aleluyático o el salmo y el Aleluya con su propio verso, o solamente el salmo o el Aleluya.

b) En el tiempo en que no se ha de decir Aleluya, se puede tomar o el salmo o el verso que precede al Evangelio.

39. El salmo que hay después de la lectura, si no se canta, se recita. En cambio, el Aleluya o el verso que precede al Evangelio, si no se canta, puede omitirse.

40. Las “Secuencias”, fuera de los días de Pascua y Pentecostés, son opcionales.

Homilía

41. La homilía es parte de la liturgia, muy recomendada, ³⁵ pues es necesaria para alimentar la vida cristiana. Conviene que sea una explicación, o de algún aspecto particular de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o de la Misa del día, teniendo siempre presente, ya el misterio que se celebra, ya las particulares necesidades de los oyentes. ³⁶

42. Los domingos y fiestas de precepto téngase la homilía en todas las Misas que se celebren con asistencia del pueblo; fuera de eso se recomienda sobre todo en los días feriales de Adviento, Cuaresma y tiempo pascual, y también en otras fiestas y ocasiones en que suele haber numerosa concurrencia de fieles. ³⁷

La homilía la tendrá ordinariamente el mismo sacerdote celebrante.

Profesión de fe

43. El símbolo o profesión de fe, dentro de la Misa, tiende a que el pueblo dé su asentimiento y su respuesta a la Palabra de Dios oída en las lecturas y en la homilía, y traiga a su memoria, antes de empezar la celebración eucarística, la regla de su fe.

44. El símbolo que el sacerdote dice siempre junto con el pueblo, debe recitarse en todos los domingos y solemnidades: pero puede recitarse también en celebraciones de peculiar importancia.

Si se canta, hágase como de costumbre, por todos o alternativamente.

Oración de los fieles

³⁵ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 52.

³⁶ Cf. S. Congr. de Ritos, Instrucción *Inter Oecumenici*, del 26 de sept. de 1964, n. 54: A.A.S. 56 (1964) p. 890.

³⁷ Cf. *ibid.*, n. 53: A.A.S. 56 (1964) p. 890.

45. En la oración universal u oración de los fieles, el pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres.

Conviene que esta oración se haga normalmente en las Misas a las que asiste el pueblo, de modo que se eleven súplicas por la santa Iglesia, por los gobernantes, por todos los necesitados y por todos los hombres y la salvación de todo el mundo. ³⁸

46. El orden de estas intenciones será generalmente:

- a) Por las necesidades de la Iglesia.
- b) Por los que gobiernan el Estado y por la salvación del mundo.
- c) Por los oprimidos bajo determinadas dificultades.
- d) Por la comunidad local.

Sin embargo, en alguna celebración particular, como en la Confirmación, Matrimonio o Funerales, el orden de las intenciones puede amoldarse mejor a la ocasión.

47. Toca al sacerdote celebrante dirigir estas súplicas, invitar a los fieles a la oración con una breve monición y concluir las preces. Conviene que sea un diácono, un cantor u otra persona, quien lea las otras intenciones. ³⁹ La asamblea entera expresa sus súplicas o con una invocación común, que se pronuncia después de cada intención, o con la oración en silencio.

C) Liturgia eucarística

48. En la última Cena, Cristo instituyó el sacrificio y banquete pascual, por el que se hace continuamente presente en la Iglesia el sacrificio de la cruz, cuando el sacerdote, que representa a Cristo el Señor, lleva a cabo lo que el Señor mismo realizó y confió a sus discípulos para que lo hicieran en memoria suya. ⁴⁰

Cristo tomó en sus manos el pan y el cáliz, dio gracias, lo partió, lo dio a sus discípulos, y dijo: “Tomad, comed, bebed: esto es mi cuerpo: éste es el cáliz de mi sangre. Haced esto en conmemoración mía”. De ahí que la Iglesia haya ordenado toda la celebración de la liturgia eucarística según estas mismas partes, con las palabras y acciones de Cristo. Ya que:

- 1) En la preparación de las ofrendas se presentan en el altar el pan y el vino con agua; es decir, los mismos elementos que Cristo tomó en sus manos.
- 2) En la plegaria Eucarística se da gracias a Dios por toda la obra de la salvación, y las ofrendas se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.
- 3) Por la fracción del mismo pan se manifiesta la unidad de los fieles, y por la comunión ellos reciben el Cuerpo y la Sangre del Señor, del mismo modo que los Apóstoles lo recibieron de manos del mismo Cristo.

³⁸ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 53.

³⁹ Cf. S. Congr. de Ritos, Instrucción *Inter Oecumenici*, del 26 de sept. de 1964, n. 56: A.A.S. (1964) p. 890.

⁴⁰ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 47; S. Congr. de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 3, a, b: A.A.S. 59 (1967) pp. 540-541.

Preparación de los dones

49. Al comienzo de la Liturgia Eucarística se llevan al altar los dones que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

En primer lugar se prepara el altar o la mesa del Señor, que es el centro de toda la Liturgia Eucarística, ⁴¹ y sobre él se colocan el corporal, el purificador, el Misal y el cáliz, que puede también dejarse dispuesto en la credencia.

Se traen a continuación las ofrendas: es de alabar que el pan y el vino lo presenten los mismos fieles. Un sacerdote o el diácono saldrá a recibirlos a un sitio oportuno y lo dispondrá todo sobre el altar mientras pronuncia las fórmulas establecidas. Aunque los fieles no traigan pan y vino suyo como se hacía antiguamente, con este destino litúrgico, el rito de presentarlos conserva igualmente todo su sentido y significado espiritual.

El dinero y otros dones que los fieles aportan para los pobres o para la Iglesia, se consideran también como ofrendas; por eso se colocan en un lugar apropiado, cerca del altar.

50. Acompaña a este cortejo de presentación de las ofrendas el canto del ofertorio, que se alarga por lo menos hasta que los dones han sido depositados sobre el altar. Las normas sobre el modo de hacer este canto son las mismas dadas para el canto de entrada (n. 26). La antifona del ofertorio, se omite, si no se canta.

51. Las ofrendas colocadas en el altar y el altar mismo pueden ser incensarios, para significar de este modo que la oblación de la Iglesia y su oración suben ante el trono de Dios como el incienso. También el sacerdote y el pueblo pueden ser incensarios por el diácono o por otro ministro, después de la incensación de los dones y del altar.

52. A continuación el sacerdote se lava las manos. Con este rito se expresa el deseo de interior purificación.

53. Terminada la colocación de las ofrendas y concluidos los ritos que la acompañan se concluye la preparación de los dones, con una invitación a orar juntamente con el sacerdote, y con la fórmula llamada "oración sobre las ofrendas". Así queda preparada la Oración Eucarística.

Oración Eucarística

54. Comienza ahora la Oración Eucarística, que es el punto central y el momento culminante de toda la celebración; es una plegaria de acción de gracias y de santificación. El sacerdote invita a los fieles a levantar el corazón hacia Dios y a darle gracias a través de la oración que él, en nombre de toda la comunidad, va a dirigir al Padre por medio de Jesucristo. El sentido de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la oblación del sacrificio.

55. Los principales elementos de que consta la Oración Eucarística pueden distinguirse de esta manera:

⁴¹ Cf. S. Congr. de Ritos, Instrucción *Inter Oecumenici*, del 26 de sept. de 1964, n. 91: A.A.S. 56 (1964) p. 898; Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 24: A.A.S. 59 (1967) p. 554.

a) Acción de gracias (que se expresa sobre todo en el prefacio) en la que el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo, glorifica a Dios Padre y le da las gracias por toda la obra de salvación o por alguno de sus aspectos particulares, según las variantes del día, fiesta o tiempo.

b) Aclamación: con la que toda la asamblea, uniéndose a las potestades celestiales, canta o recita el Santo. Esta aclamación, que constituye una parte de la Plegaria Eucarística, la pronuncia todo el pueblo con el sacerdote.

c) Epiclesis: con la que la Iglesia, por medio de determinadas invocaciones, implora el poder divino para que los dones que han ofrecido los hombres, queden consagrados, es decir, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y para que la hostia inmaculada que se va a recibir en la comunión sea para salvación de quienes la reciban.

d) Narración de la institución y consagración: mediante las palabras y acciones de Cristo se lleva a cabo el sacrificio que Cristo mismo instituyó en la última Cena, cuando ofreció su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y vino, los dio a los Apóstoles en forma de alimento y bebida, y les dejó el mandato de perpetuar este mismo misterio.

e) Anámnesis: con la que, al realizar este encargo que a través de los Apóstoles, la Iglesia recibió de Cristo Señor, realiza el memorial del mismo Cristo, recordando principalmente su bienaventurada Pasión, su gloriosa Resurrección y la Ascensión al Cielo.

f) Oblación: por la que la Iglesia, en este memorial, sobre todo la Iglesia aquí y ahora reunida, ofrece al Padre en el Espíritu Santo, la hostia inmaculada. La Iglesia pretende que los fieles no sólo ofrezcan la hostia inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen con la mediación de Cristo, la unidad con Dios y entre sí, de modo que sea Dios todo en todos.⁴²

g) Intercesiones: con ellas se da a entender que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia celeste y terrena, y que la oblación se hace por ella y por todos sus miembros vivos y difuntos, miembros que han sido todos llamados a la participación de la salvación y redención adquirida por el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

h) Doxología final: en la que se expresa la glorificación de Dios, y que se concluye y confirma con la aclamación del pueblo.

La Plegaria Eucarística exige que todos la escuchen con reverencia y en silencio, y que tomen parte en ella por medio de las aclamaciones previstas en el mismo rito.

Rito de comunión

56. Ya que la celebración eucarística es un convite pascual, conviene que, según el encargo del Señor, su Cuerpo y su Sangre sean recibidos como alimento espiritual por los fieles debidamente preparados.⁴³ A esto tienden la fracción y otros ritos preparatorios, con los que se va llevando a los fieles hasta el momento de la comunión.

⁴² Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 48; Decr. Sobre el ministerio y vida sacerdotal, *Presbyterorum ordinis*, n. 5; S. Congr. de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 12; A.A.S. 59 (1967) pp. 548-549.

⁴³ Cf. *ibid.*, nn. 12, 33 a; A.A.S. 59 (1967) pp. 549, 559.

a) El Padrenuestro: en él se pide el pan cotidiano, que es también para los cristianos como una figura del pan eucarístico, y se implora la purificación de los pecados, de modo que, en realidad se den a los santos las cosas santas”. El sacerdote invita a orar, y los fieles dicen, todos a una con el sacerdote, la oración. El sacerdote sólo añade el embolismo, y el pueblo se une a él para terminarlo con la doxología. El embolismo, que desarrolla la última petición de la oración dominical, pide para toda la comunidad de los fieles la liberación del poder del mal.

La invitación, la oración misma, el embolismo y la doxología con que el pueblo cierra esta parte, se cantan o se dicen con voz clara.

b) Sigue a continuación el rito de la paz, con el que los fieles imploran la paz y la unidad para la Iglesia y toda la familia humana y se expresan mutuamente la caridad, antes de participar de un mismo pan.

Por lo que toca al mismo rito de darse la paz, establezcan las Conferencias Episcopales el modo más conveniente, según las costumbres y el carácter de cada pueblo.

c) El acto de la fracción del pan, realizado por Cristo en la última Cena, en los tiempos apostólicos fue el que sirvió para denominar a la íntegra acción eucarística. Este rito no sólo tiene una finalidad práctica, sino que significa además que nosotros, que somos muchos, en la comunión de un solo pan de vida, que es Cristo, nos hacemos un solo cuerpo (I Cor 10, 17).

d) Inmixción o mezcla: el sacerdote celebrante deja caer una parte de la hostia en el cáliz.

e) Cordero de Dios: mientras se hace la fracción del pan y la mezcla, los cantores o un cantor, cantan el Cordero de Dios, según la costumbre, con la respuesta del pueblo: o lo dicen al menos en alta voz. Esta invocación puede repetirse cuantas veces sea necesario para acompañar la fracción del pan. La última vez se concluirá con las palabras: danos la paz.

f) Preparación privada del sacerdote: el sacerdote se prepara con una oración privada, para recibir con fruto el Cuerpo y la Sangre de Cristo: los fieles hacen lo mismo, orando en silencio.

g) Luego el sacerdote muestra a los fieles el pan eucarístico que recibirán en la comunión, y los invita al banquete de Cristo; y juntamente con los fieles formula, usando palabras evangélicas, un acto de humildad.

h) Es muy de desear que los fieles participen del Cuerpo del Señor con hostias consagradas en esa misma Misa y, en los casos previstos, participen del cáliz, de modo que aparezca mejor, por signos exteriores, que la comunión es una participación en el sacrificio que en ese momento se celebra. ⁴⁴

i) Mientras sacerdote y fieles reciben el sacramento, se tiene el canto de la comunión; canto que debe también expresar, por la unión de voces, la unión espiritual de quienes están comulgando, demostrar al mismo tiempo la alegría del corazón y hacer más fraternal la procesión de los que van avanzando para recibir el Cuerpo de Cristo. El canto se comienza cuando comulga el sacerdote, y se prolonga mientras comulgan los fieles, hasta el momento que parezca oportuno. En el caso de que se cante un himno después de la comunión, ese canto terminese a tiempo.

⁴⁴ Cf. *ibid*, nn. 31, 32: A.A.S. 59 (1967) pp. 558-559; para la facultad de comulgar dos veces en el mismo día, ci. S. Congr. de la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción *Immensæ caritatis*, del 29 de enero de 1973, n. 2: A.A.S. 65 (1973) pp. 267-268.

Se puede emplear o la antifona del Gradual Romano, con salmo o sin él, o la antifona del Gradual simple, o algún otro canto conveniente, aprobado por la Conferencia Episcopal. Lo cantan los cantores solos o también uno o varios de ellos con el pueblo.

Si no hay canto, la antifona propuesta por el misal, se reza por los fieles, o por algunos de ellos, o por un lector. En caso contrario, la recitará el mismo sacerdote después de haber comulgado y antes de distribuir la comunión a los fieles.

j) Cuando se ha terminado de distribuir la comunión, el sacerdote y los fieles, según lo permita el tiempo, pueden orar un rato recogidos. Si se prefiere, puede también cantar toda la asamblea, un himno, un salmo o algún otro canto de alabanza.

k) En la Oración después de la comunión, el sacerdote ruega porque se obtengan los frutos del misterio celebrado. El pueblo hace suya esta oración con la aclamación: Amén.

D) Rito de conclusión

57. El rito de conclusión consta de:

a) Saludo y bendición sacerdotal, que en algunos días y ocasiones se enriquece y se amplía con la oración “sobre el pueblo” o con otra fórmula más solemne.

b) Despedida, con la que se disuelve a la asamblea, para que cada uno vuelva a sus quehaceres, alabando y bendiciendo al Señor.

CAPÍTULO IV

DIVERSAS FORMAS DE CELEBRAR LA MISA

I LA MISA CON EL PUEBLO

...Preparación

79. Cúbrase el altar al menos con un mantel. Sobre él, o al menos a su alrededor, colóquese un mínimo de dos candeleros con sus velas encendidas o incluso cuatro o seis y, si celebra el Obispo de la diócesis, siete. También sobre el altar o junto a él, esté visible la cruz. Candeleros y cruz pueden llevarse en la procesión de entrada. Sobre el altar puede ponerse, a no ser que se lleve durante la procesión de entrada, el libro de los Evangelios, diverso del libro de las restantes lecturas.

80. Prepárese también:

- a) Junto a la sede del sacerdote: el misal y, según convenga, el libro de los cantos.
- b) En el ambón: el libro de las lecturas.
- c) En la credencia: el cáliz, el corporal, el purificador, la palia, si se usa, la patena y los copones, si son necesarios, con las hostias para la comunión del sacerdote, de los ayudantes y del pueblo; las vinajeras con el vino y el agua, a no ser que todo esto lo vayan a ofrecer los fieles al momento del ofertorio; la patena, para la comunión de los fieles, y lo necesario para la ablución de las manos. Cúbrase el cáliz con un velo, que podrá ser siempre de color blanco.

81. En la sacristía, según las diversas formas de celebración, prepárense los ornamentos del sacerdote y de sus ministros:

- a) Para el sacerdote: el alba, la estola y la casulla.
- b) Para el diácono: el alba, la estola y la dalmática. Esta última, por necesidad o por grado inferior de solemnidad, puede omitirse.
- c) Para los demás ministros: albas u otras vestiduras legítimamente aprobadas.

Todos los que usen el alba, empleen el cíngulo y el amito, a no ser que se provea de otra manera.

A) FORMA TIPICA

Ritos iniciales

82. Reunido el pueblo, el sacerdote y los ministros, revestidos cada uno con sus ornamentos avanzan hacia el altar por este orden:

- a) Un ayudante con el incensario humeante, si se emplea el incienso.
- b) De acuerdo a las circunstancias: los ayudantes que llevan los ciriales, y entre ellos, si lo pide el caso, uno lleva la cruz; los acólitos y otros ministros.
- c) El lector, que puede llevar el libro de los Evangelios.
- d) El sacerdote que va a oficiar en la Misa.

Si se emplea el incienso, el sacerdote lo pone en el incensario antes que el cortejo se ponga en marcha.

83. Mientras se hace la procesión hacia el altar, se tiene el canto de entrada (cf. nn. 25-26).

84. Cuando han llegado al altar, el sacerdote y los ayudantes hacen la debida reverencia, es decir, inclinación profunda o, si es que está allí el sagrario con el Santísimo Sacramento, genuflexión.

La cruz, si es que se ha llevado en la procesión, se coloca junto al altar o en algún otro sitio conveniente; los candeleros que han llevado los ayudantes, se colocan o junto al altar o en la credencia; el libro de los Evangelios se pone sobre el altar.

85. El sacerdote sube al altar y le hace reverencia con el beso. Luego, según la oportunidad, incienso el altar rodeándolo completamente.

86. Terminada esta ceremonia, el sacerdote va a su sede. Una vez concluido el canto de entrada, todos, sacerdote y fieles, de pie, hacen la señal de la cruz. El sacerdote empieza: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. El pueblo responde: Amén. Luego vuelto el sacerdote al pueblo y extendiendo las manos, saluda a la asamblea usando una de las formas disponibles. Puede también, o él u otro de los ministros, hacer una breve introducción a los fieles sobre la Misa del día.

87. Después del acto penitencial, se dicen el Señor, ten piedad y el Gloria, según las rúbricas (nn. 303 l). El Gloria lo puede entonar o el sacerdote o los cantores o también todos a una.

88. Luego el sacerdote invita al pueblo a orar, juntando las manos y diciendo Oremos. Todos, juntamente con el sacerdote, oran en silencio durante breve tiempo. Entonces el sacerdote, extendiendo las manos, dice la Oración Colecta, y cuando ésta termina, el pueblo aclama con el Amén.

Liturgia de la Palabra

89. Terminada la Oración Colecta, el lector avanza hacia el ambón y recita la primera lectura, que todos escuchan sentados; y cuando la lectura acaba, todos pronuncian la aclamación.

90. Terminada la lectura, el salmista o un cantor o el mismo lector, recita el salmo, dejando tiempo para las respuestas del pueblo (cf. n. 36).

91. Luego, si se ha de tener una segunda lectura antes del Evangelio, el lector la hace desde el ambón, como se ha dicho antes, permaneciendo todos sentados mientras escuchan y aclaman al final.

92. Sigue el Aleluya u otro canto según las exigencias del tiempo litúrgico (cf. nn. 37-39).

93. Mientras se canta el Aleluya u otro canto, el sacerdote, si se emplea el incienso, lo pone en el incensario. Luego, con las manos juntas e inclinándose ante el altar, dice en secreto el Purifica mi corazón.

94. Después toma el libro de los Evangelios, si éste está en el altar; y precedido por los ayudantes, que pueden llevar el incienso y los candeleros, se acerca al ambón.

95. Llegado al ambón, el sacerdote abre el libro y dice: El Señor esté con vosotros, y en seguida: Lectura del santo Evangelio, haciendo la cruz sobre el libro con el pulgar, y luego sobre su propia

frente, boca y pecho. Luego, si el caso lo pide, incienso el libro, y después de la aclamación del pueblo, proclama el Evangelio, y, una vez terminada la lectura, besa el libro diciendo en secreto: Las palabras del Evangelio borren nuestros pecados. Después de la lectura del Evangelio se hace la aclamación del pueblo, según la costumbre de cada región.

96. Si no hay lector, el mismo sacerdote hará todas las lecturas y, según la necesidad, proclamará también él los cantos que vienen después, estando en pie en el ambón. Allí mismo, si se emplea el incienso, lo pone en el incensario, y dice inclinado el Purifica mi corazón.

97. La homilía se tiene, o desde la sede o desde el ambón.

98. El Credo lo dice el sacerdote juntamente con el pueblo (cf. n. 44). A las palabras y por obra del Espíritu Santo, etc., todos se inclinan; pero en las solemnidades de la Anunciación y de la Natividad del Señor, se arrodillan.

99. Después, tomando el pueblo la parte que le corresponde, se tiene la oración universal u oración de los fieles, que el sacerdote dirige desde la sede o desde el ambón (cf. nn. 45-47).

Liturgia eucarística

100. Terminada la oración universal, comienza el canto del Ofertorio (cf. n. 50). Los ministros colocan en el altar los corporales, el purificador, el cáliz y el misal.

101. Es conveniente que la participación de los fieles se manifieste en la oblación del pan y del vino para la celebración de la Eucaristía o de dones con los que se ayude a las necesidades de la Iglesia o de los pobres.

Las ofrendas de los fieles las reciben en lugar adecuado el sacerdote con sus ayudantes y las colocan en sitio conveniente; el pan y el vino que sirven para la Eucaristía se llevan al altar.

102. El sacerdote en el altar recibe de su ayudante la patena con el pan, y con ambas manos la eleva un poco sobre el altar mientras que dice la fórmula correspondiente. Luego coloca la patena y pan sobre el corporal.

103. A continuación, estando al lado del altar, vierte el vino y un poco de agua en el cáliz, diciendo en secreto la fórmula prescrita, mientras el ayudante le ofrece las vinajeras. Vuelto al centro del altar, toma con ambas manos el cáliz, lo eleva un poco y dice la fórmula establecida. A continuación deja el cáliz sobre el corporal y lo cubre si conviene, con la palia.

104. Dejado ya el cáliz en el altar, el sacerdote se inclina y dice en secreto: Acepta, Señor, nuestro corazón contrito.

105. Luego, según las circunstancias, incienso las ofrendas y el altar, y el ministro a su vez incienso al sacerdote y al pueblo.

106. Después de la oración Acepta, Señor, nuestro corazón contrito o de la incensación, el sacerdote, en pie al lado del altar, se lava las manos, diciendo en secreto la fórmula establecida, mientras le sirve el agua el ayudante.

107. Vuelto al centro del altar y estando de cara al pueblo, extiende y junta las manos e invita al pueblo a orar, diciéndole: Orad, hermanos, etc. Una vez oída la respuesta del pueblo, extendiendo ambas manos, dice la oración sobre las ofrendas, y al final el pueblo aclama: Amén.

108. Entonces empieza el sacerdote la Plegaria Eucarística. Extiende las manos y dice: El Señor esté con vosotros Y cuando dice: Levantemos el corazón. levanta las manos y extendiéndolas añade: Demos gracias al Señor, nuestro Dios. Y cuando el pueblo ha respondido: Es justo y necesario, el sacerdote sigue con el Prefacio; una vez terminado éste, junta las manos y canta con los ministros y el pueblo, o dice con voz clara, el Santo y el Bendito (cf. n. 55b).

109. El sacerdote prosigue la Plegaria Eucarística según las rúbricas que corresponden a las diversas Plegarias Eucarísticas.

Si el celebrante es un Obispo, después de las palabras con tu servidor el Papa N., añade conmigo, indigno siervo tuyo.

El Ordinario del lugar debe mencionarse en la siguiente forma: con tu servidor el Papa N., con nuestro Obispo (o bien: Vicario, Prelado, Prefecto, Abad) N. En la Plegaria Eucarística se puede mencionar a los Obispos coadjutores y auxiliares. Si son muchos los que se han de mencionar, se utiliza la forma general: con nuestro Obispo N. y sus Obispos auxiliares. En cada Plegaria Eucarística hay que adaptar dichas menciones a las reglas gramaticales.

Un poco antes de la consagración, el ayudante, si se cree conveniente, advierte a los fieles mediante un toque de campanilla. Puede también, de acuerdo con la costumbre de cada lugar, tocar la campanilla cuando el sacerdote muestra la hostia y el cáliz a los fieles.

110. Terminada la doxología con que concluye la Plegaria Eucarística, el sacerdote, con las manos juntas, hace la monición preliminar a la oración dominical, y luego recita ésta juntamente con el pueblo, extendiendo las manos.

111. Concluida la oración dominical, el sacerdote, con las manos extendidas, dice él solo el embolismo: Libranos de todos los males; al terminarlo, el pueblo aclama: Tuyo es el reino.

112. A continuación el sacerdote, con voz clara dice la oración: Señor Jesucristo, que dijiste; al terminarla, se vuelve hacia los fieles y, extendiendo y juntando las manos, les da la paz con estas palabras: La paz del Señor esté siempre con vosotros. El pueblo responde: Y con tu espíritu. Luego, si el caso lo pide, el sacerdote añade: Daos fraternalmente la paz, y todos, según la costumbre de cada lugar, se manifiestan mutuamente la paz y la caridad. El sacerdote puede dar la paz a sus ayudantes.

113. A continuación el sacerdote toma la hostia, la parte sobre la patena, y deja caer una partícula en el cáliz diciendo en secreto: El Cuerpo y la Sangre, etc. Mientras tanto el coro y el pueblo cantan o recitan el Cordero de Dios (cf. n. 56 e).

114. Entonces el sacerdote dice en secreto la oración: Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, o: Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo.

115. Terminada la oración, el sacerdote hace la genuflexión, toma el pan consagrado y, teniéndolo un poco elevada sobre la patena, vuelto al pueblo, dice: Este es el Cordero de Dios, y, a una con el pueblo, añade una sola vez: Señor, no soy digno.

116. Luego, vuelto hacia el altar, el sacerdote continúa en secreto: El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna, y con reverencia sume el Cuerpo del Señor. Después toma el cáliz y dice: La Sangre de Cristo me guarde para la vida eterna, y con reverencia toma la Sangre de Cristo.

117. Toma después la patena o el copón y se acerca a los que van a comulgar, si la comunión se va a efectuar sólo bajo la especie de pan, y teniendo la hostia un poco elevada, se la muestra a cada uno diciéndole: El Cuerpo de Cristo. El que comulga responde: Amén y, teniendo la patena bajo la barba, recibe el sacramento.

118. Para la comunión bajo las dos especies obsérvese el rito descrito en su lugar (cf. nn. 240-252).

119. Mientras el sacerdote toma el sacramento, se empieza el canto de la comunión (cf. n. 56i).

120. Terminada la distribución de la comunión, el sacerdote, vuelto al altar, recoge las partículas, si las hay; luego, en pie al lado del altar o junto a la credencia, purifica la patena o el copón sobre el cáliz, purifica también el mismo cáliz, diciendo en secreto: Haz, Señor, que recibamos, etc., y lo seca con el purificador. Si los vasos fueron purificados en el altar, son llevados a la credencia por un ayudante. Está, sin embargo permitido dejar los vasos que se han de purificar, sobre todo si son muchos, en el altar o en la credencia, cubiertos y sobre un corporal, para luego purificarlos después de la Misa, cuando ya se haya despedido al pueblo.

121. Terminadas las purificaciones, el sacerdote puede regresar a su sede. Se puede observar un rato de silencio mientras todos permanecen sentados, o también entonar un cántico de alabanza o un salmo (cf. n. 56j).

122. Luego, de pie junto a la sede o ante el altar, el sacerdote, vuelto al pueblo, dice: Oremos, y con las manos extendidas recita la Oración después de la comunión, a la que puede preceder también un breve silencio, a no ser que ya se haya hecho eso después de la comunión. Al final de la oración, el pueblo aclama: Amén.

Rito de conclusión

123. Terminada la oración después de la comunión, háganse, si se han de hacer, breves avisos al pueblo.

124. Luego el sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciéndole: El Señor esté con vosotros, a lo que el pueblo responde: Y con tu espíritu. Y en seguida el sacerdote añade: La bendición de Dios todopoderoso, hace aquí la señal de bendición y prosigue Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros; todos responden: Amén. En ciertos días y ocasiones, a esta fórmula de bendición puede preceder, según las rúbricas, otra fórmula más solemne o la oración sobre el pueblo.

En seguida el sacerdote, con las manos juntas, añade: Podéis ir en paz y todos responden: Demos gracias a Dios.

125. Entonces el sacerdote venera el altar con el beso, como de costumbre, y hecha la debida reverencia juntamente con todos los ministros, se retira.

126. Si a la Misa sigue alguna otra acción litúrgico, el rito de despedida (es decir, el saludo, bendición y despedida) se omite.

D) OFICIOS DEL LECTOR

Ritos iniciales

148. Cuando se dirigen al altar y no hay diácono, el lector puede llevar el libro de los Evangelios, y en esta ocasión camina delante del sacerdote; en los demás casos va con los otros ministros.

149. Cuando llegan al altar, hace la debida reverencia junto con el sacerdote, se acerca al altar, coloca encima de él el libro de los Evangelios y pasa a ocupar su sitio en el presbiterio con los demás ministros.

Liturgia de la Palabra

150. Lee desde el ambón las lecturas que preceden al Evangelio. Cuando no hay cantor o salmista, puede decir el salmo que sigue a la primera lectura.

151. Después de que el sacerdote, si no hay diácono, ha hecho la invitación a orar, el lector puede enunciar las intenciones para la oración universal.

152. Cuando no hay canto de entrada o durante la comunión, y los fieles no recitan las antífonas indicadas en el misal, el lector pronuncia dichas antífonas a su debido tiempo.